

AHORA ES DIOS GLORIFICADO
5to Dgo. de Pascua (24 de Abril de 2016)

Jn. 13, 31 – 35

Veamos dos ejemplos: Santa Teresa de Lisieux murió niña en el tiempo y madura en santidad. Antes de ir al Padre dejó escrito: *“este año me ha concedido Dios la gracia de comprender en qué consiste el amor cristiano”*. ¡Mucho se puede temer que nosotros aún no lo hayamos entendido! El otro caso se da en una oficina parroquial en la que irrumpe un cristiano, cumplidor pero rutinario, y tras un saludo dispara a bocajarro: *“Antes del concilio solo hablaban ustedes del pecado: después del concilio, sólo hablan del amor y ambas cosas acaban por aburrir”*. Algo por el estilo le decían a san Juan, a lo que él respondía: *“Si se comprende bien, eso sólo basta, porque el que ama a Dios no hará nada que ofenda a Dios, y el que ama al prójimo no hará nada que lo perjudique”*. Quizás tenía razón el cristiano dominguero, o quizás no entendía nada, o confundía los términos. Pecado y amor son dos caras de una moneda que se explican mutuamente sin poder aparecer juntas. Pecado es egoísmo; amor, es altruismo. En otras palabras, si es pecado, obviamente no es amor, y si es amor, imposible que sea pecado. *“Ama y haz lo que quieras”*, sintetiza san Agustín al igual que san Pablo, que coincide al resumir en el amor, el cumplimiento de la ley entera.

Orientamos el comentario al tema del amor para llevar la reflexión a otro punto: la gloria de Dios de la que habla hoy Jesús, quien repite la expresión cinco veces en un breve texto. Nadie podría acusar de abuso de este tema en las predicaciones dominicales. ¿Cuánto tiempo hace que no oyen ustedes hablar de la gloria de Dios? No la concibamos como una especie de incienso humano que el hombre busca en sus obras para complacencia de su orgullo y satisfacción de sí mismo. Si la vemos así, no se puede aplicar a Dios, porque Dios está libre de vanidad. La gloria que el hombre puede dar a Dios es todo sentimiento de admiración, alabanza, agradecimiento, que brotan del conocimiento de Dios y de Sus obras. *“Dios es admirable en Sus santos y Santo en todas Sus obras y hasta los cielos cantan la gloria de Dios”* (Sal.18, 2). Jesús buscó la exaltación de Dios, manifestando Su nombre a los hombres (Jn.17, 6), Lo dio a conocer como Padre infinitamente misericordioso (Jn.17, 6) y afirmó que el ser humano está hecho a Su imagen. La gloria del Creador no solo es admiración pura de Su grandeza ni simple alabanza de Sus obras: es querer el bienestar del hombre y respetar la dignidad humana, por lo tanto, es invitar a la imitación.

Luego de la partida de Judas del Cenáculo para consumir su traición, Jesús sabe que Su hora ha llegado, y que Su muerte va a ser exaltación del Padre porque con ella quedará Su voluntad perfectamente cumplida. A la pregunta del por qué Dios eligió ese estilo de muerte, el

conocimiento humano está imposibilitado de entender el motivo, pero si queremos saber cómo Dios es glorificado en ella, la respuesta está dada por el amor con que Jesús acepta esa decisión, un amor inconmensurable, donde el Hijo desaparece para resaltar la magnificencia del Padre, dejando a la humanidad el más claro ejemplo a seguir.

San Ignacio de Loyola pedía hacer todas las cosas para *“la mayor gloria de Dios”*, pero la que da el hombre no llena algún vacío de Dios, porque Él nada le falta ni precisa una *“buena imagen”* para Su felicidad. La causa del Padre es la causa del hombre. Si se objeta: *“Busca al hombre, que Dios no te necesita”*, contestemos correctamente: *“Busca la gloria de Dios y te sentirás comprometido con el hombre porque la gloria de Dios es el hombre mismo”*.

Los humanistas puros resultan a veces ser muy poco humanos. Demasiados son los ancianos que tienen dinero, pero viven y mueren en medio de la más triste soledad y desánimo, debido a que hay gente que rechaza a los hijos porque atan, o bien, hay hijos que se desentienden de los padres porque molestan y no están dispuestos a renunciar a sus placeres y gustos. Muchos prefieren cuidar mascotas y olvidan a sus progenitores o familiares cercanos, y cierran los ojos ante el ejemplo de amor que nos brindó Jesús. Cuando el ser humano busca su propia grandeza y confort, crea una sociedad sin Dios, lugar donde solo se produce el encuentro de hombre con hombre y cuyo resultado es una sociedad donde reina el egoísmo. Nuestro mundo occidental defiende tenazmente algunos valores heredados del Evangelio, tales como los conceptos de persona, libertad, respeto, solidaridad, convivencia, etc., pero si hay ausencia de Dios, todo eso es letra muerta. Solo Dios puede dar gloria, esplendor y esperanza a nuestras vidas.

+ Bernardo Bastres F sdb.
Padre Obispo de Magallanes.